

—Acepto, — exclamó acercándose al centro del jardín, dirigiendo su mirada a la fuente.

—¡¡Maravilloso!! ¡Procuraré que su estancia sea la más divina de todas, invitado de Honor! Una cosa más, ¿le importaría compartir su nombre con un servidor?

En el fondo de la fuente, pudo ver varias monedas doradas del mismo tipo que aquella que adornaba el tocado de Vértigo. También observó como sus reflejos le saludaban de vuelta.

—Vermillion.

HUESOS ROTOS una obra de tontodechoque

Capítulo 2: Uróboro

Este capítulo contiene escenas donde se mencionan trastornos de la conducta alimentaria y abuso de sustancias alcohólicas, así como conductas capacitistas.

—Perdóname, pero voy a decir mal tu nombre seguro. A ver, D-U-T-C-H-E-S-S. ¿"Du-ché"? ¿"Dut..."?

—Jeje, es "dá-tches".

—Dutchess, vale.

La interacción fue suficiente para relajar el ambiente en el despacho de le jefe de estudios. Había dejado hueco en su agenda para que sus alumnos pudieran concertar tutorías personalizadas acerca de cualquier aspecto de la materia que impartía. Únicamente vino una: Dutchess.

Una de sus muchos alumnos, de los pocos a los que no le daba miedo la presencia de Vermillion. Todo un logro teniendo en cuenta lo espeluznante que podía llegar a ser, sobretodo en épocas de exámenes. Aunque las aulas no eran el único sitio donde acechaba; muchos días se quedaba fuera en el recreo para vigilar y prevenir peleas entre los jóvenes, castigando a aquellos que lo intentasen severamente.

Era normal que solo hubiese venido ella.

—Bueno, ¿qué es lo que te preocupa?

—Vale, eh, ¿hay algún libro que pueda leer sobre la asignatura?

—El propio libro que os recomendé a principio de curso.

—No, no, no es eso. Sé que ese es el libro de la materia que entra en el examen, pero no puedo, em, entenderlo.

—¿No se te queda?

—No... He intentado de todo, me lo he leído varias veces, pero no entiendo nada. Mis amigos también han probado de explicármelo a su manera, pero no funciona tampoco.

—Qué raro, pensaba que se te daba bien, con lo atenta que estás en clase.

—Sí, bueno... precisamente estoy tan atenta porque no puedo permitirme perderme lo más mínimo del temario.

—Hmm... ¿te pasa con otras asignaturas?

—Sí. Normalmente lo que hago es intentar memorizar todo lo que puedo, pero muchas veces no es suficiente para poder aprobar porque no entiendo lo que memorizo.

—¿Y me lo dices ahora que estamos a mitad del semestre? — Vermillion se reclinó en su silla.

—Em, pues, esto... Quería... probar a ver si podía yo sola... no quería ser... una molestia... — Su voz se tornaba inaudible al ir terminando la frase.

La cría era una de las pocas que se molestaba en prestar atención cuando Vermillion hablaba. No le era fácil seguir, aún así; mas le interesaba la materia y quería darlo todo, pese a que su nota no reflejara el sacrificio que le suponía aprobar.

Si la alumna que más esfuerzo hacía para superar la materia ya estaba teniendo dificultades para entenderla, no quería ni imaginarse la situación en la que se encontraban aquellos que le tenían pavor.

Vermillion suspiró.

—Me temo que no me queda otra. Voy a tener que mandarte deberes.

—¿Eh?

—Durante la semana irás apuntando todo aquello que no entiendas, y los viernes cuando acabes las clases vienes aquí y no salimos hasta que lo entiendas todo.

—¡¿Quéeeee?! ¡¡Muchísimas gracias!! — La expresión de alivio en su rostro fue más que suficiente agradecimiento para Vermillion.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Ah, por cierto, si puedes, dile lo que te pasa a tus padres o al orientador; hazme caso. — Avisó mientras acompañaba a Dutchess a la puerta de su despacho.

—¡Lo haré! ¡¡Gracias!!

—De nada, adiós Dutchess. — Al decir esto, la susodicha se marchó en el pasillo de la misma manera en la que entró al despacho: con su escoba; dejando una vez más a le jefe de estudios sin compañía.

Vermillion agarró el pomo de la puerta.

—Pero, sigo sin entenderlo. ¿Por qué te fías de mí? Todo lo que he hecho hasta ahora ha sido saquearte e insultarte, ¿qué te hace pensar que soy alguien al que confiar?

—Muy sencillo.

Vértigo dejó de levitar para poner sus pies en el suelo, haciendo que su diferencia de altura fuera menos severa. Vermillion interpretó este acto como una bandera blanca, pensó que su intención había dejado de ser la intimidación y que ahora ambos estarían a tablas.

—Porque eres como yo.

En ese mismo instante, Sir Vértigo levantó su brazo para tomar el borde de su capucha blanca con sus dedos. Acto seguido, levantó la capa de tela que cubría su cara, y ésta, así como los demás ornamentos óseos que marcaban su figura, se desvanecieron, convertidos en destellos azules.

La luz que desprendió su figura en ese momento fue suficiente para cegar a Vermillion durante un par de segundos. Mas pasado ese tiempo se le presentó ante elle una radiante cara, iluminada por el esqueleto dentro de ella. Se pelo a media melena abrazaba sus marcadas facciones con dulzura, ocultando la mitad de su cara cubierta en quemaduras. Un par de cuernos cortados se asomaban tímidamente entre la maleza que era su pelo.

—¡Esta es la verdad! ¡He aquí mi prueba de que eres exactamente lo mismo que yo! ¿Es que no lo ves? ¡Tu destino te ha traído hasta aquí! ¡Ahora todo tiene sentido!

—¿...Y qué se supone que me estás revelando?

—Los cuernos. ¡Tus cuernos! ¡Somos lo mismo! ¡Es mi deber aceptar en la Torre a todo aquel de mi misma especie! ¡Tienes la suerte de gozar de los genes de tan poderosa raza! Es por esto que te invito a entrenar tu mente y tu cuerpo en estos lares, hasta que sacies tu sed de conocimiento.

El ultimátem de Sir Vértigo dejó a Vermillion patidifuse. Confundide entre tantos mensajes contradictorios, no sabía que creer. Realmente no quería pasar más tiempo con semejante energúmeno, pero teniendo en cuenta que había hecho todo el viaje hasta allí y que encima le había ofrecido un techo bajo el cual dormir, así como tanta comida como necesitara, estaba pensándoselo dos veces. Ciertamente, sería una buena inversión, dado que la tendencia asesina del ente ya se había esfumado. Además, ya se había arriesgado para conseguir el orbe, pero dejar pasar otras más reliquias sin conocer sería demasiado estúpido por su parte. No le quedaba más opción.

—Ahora comprendo tus razones para entrar en la Torre. No somos tan diferentes, tú y yo. Ambos buscamos conquistar el conocimiento, de alguna manera.

—¿Y? Ya tengo lo que quiero, déjame ir, — replicó mientras le daba la espalda para encontrar otra salida.

—¿Y si te dijera que puedes conseguir más?

Vermillion le miró por encima del hombro.

—¿Por qué crees que me interesa?

—Acabas de demostrármelo. El fuego presente en tus ojos al descifrar un problema es suficiente prueba para asumir que los artefactos que tenemos guardados te proporcionarán gran entretenimiento. Verás, esta no es una Torre normal, sino un bastión y archivo enorme de reliquias de diversas culturas con indescriptible valor académico

—¿De verdad? ¿Entonces, por qué no he oído nada por el estilo?

—Se debe a que el acceso está restringido. Únicamente aquellas personas con ciertas cualidades, como un servidor, tienen acceso a ellas. Toda aquella persona que intentare descubrir las maravillas de sus entrañas encontraría en su lugar el final de su viaje. Así que, ¿qué me dices? Estaré encantado de proporcionarte una propia habitación y manjar si lo deseas. Te convertirás en un invitado de Honor, como en la era dorada de la Torre.

Vermillion calculó sus palabras antes de responder.

—Tengo entendido que cuanto más se adentra uno a la Torre, menos probabilidades tiene de salir, ¿es eso cierto?

—Eso es solo un rumor desproporcionado, nada acorde con la realidad. Solo tomamos las medidas necesarias cuando un tercero metomentodo quiere descubrir algo que no le conviene. Tú, sin embargo, eres diferente; y me disculpo por no haberlo descubierto antes. Muy pronto lo entenderás, si me das la oportunidad de enseñártelo.

—¿Qué consigues tú con esto?

—¿Es realmente tan disparatado querer un poco de compañía? Llega a ser solitario a veces, este puesto. Además, así podré aprender también sobre cómo va el mundo exterior. Intercambiaremos información por información, a mí me parece un negocio justo, ¿no?

DRAMATIS PERSONAE

EL MONJE.

EL VEHEMENTE.

EL AGRACIADO.

EL MÁRTIR.

CARNE DE CAÑÓN.

EL BUITRE.

La acción en los lares de la prisión garza.

ESCENA PRIMERA

Hora nocturna. Unos aposentos fríos, embadurnados en la luz de la luna. Grabados, vidrieras, estandartes repartidos por las paredes. Conversación entre cuatro personas desgraciadas tras la actuación de la CARNE DE CAÑÓN: EL VEHEMENTE, un recto hidalgo; EL AGRACIADO, hijo de la suerte; EL MÁRTIR, en actual estado latente; y EL MONJE, quien cierra la puerta del dormitorio, encerrándolos.

EL VEHEMENTE: ¡Qué poco ceremonioso! ¡Qué vergüenza, menuda demostración de habilidad!

EL MONJE: Una actuación impecable por parte del caballero estrella. He de decir que ser testigo de tal espectáculo ha sido todo un honor.

EL AGRACIADO: Ahórrate la acrimonia para el enemigo, monje. Demos gracias a que la Torre sigue en pie.

EL VEHEMENTE: ¿Y qué si eso es cierto? No tardará mucho en caer si no intervenimos.

EL AGRACIADO: Por favor, te invito a ayudar a la causa.

EL MONJE: Su entusiasmo es más que apreciado. Sin embargo, no hay nada que podamos hacer en nuestra posición actual.

EL AGRACIADO: ¿Y qué hay de la bala?

EL VEHEMENTE: ¿Qué hay de ella?

EL AGRACIADO: ¡No me digas que no te has fijado!

EL MONJE: Su poca capacidad de percepción le delata. No le culpe.

EL VEHEMENTE: ¡Bah! ¡Qué más dá! ¡Como si fuera tan importante una baratija como esa! ¡Que se lleve diez, si gusta!

EL AGRACIADO: ¡De eso nada, no podemos permitir eso!

EL MONJE: Ciento es que su manipulación del orbe es preocupante, pero, si ese es el riesgo que se debe asumir para proteger la integridad del santuario, estoy seguro que entenderá nuestra pasividad.

LA VOZ DEL MÁRTIR: Os equivocáis.

EL MÁRTIR abre los ojos. Los tres comentadores concentran su atención en EL MÁRTIR, quien hace acto de presencia sucumbido en la penumbra. Se dirige hacia la posición del AGRACIADO y EL VEHEMENTE mientras recita su discurso.

EL MÁRTIR: Puedo entender que vosotros dos no hayáis sido capaces de avisparos, dado que ambos sois un par de inútiles. Pero, ¿tú? ¿De veras? Me esperaba más de tí, monje.

EL AGRACIADO: ¡Madre de Dios!

EL MÁRTIR: ¡A callar, niño! Ahora, escuchad todos y escuchad bien, pues esta situación nos puede ser ventajosa. La manera en que nuestro invitado fue capaz de prever los estoques del caballero nos da una pista sobre su identidad. ¿Debo recordarlos los requisitos para poder usar tal instrumento? Esta persona es demasiado preciada como para dejarla pasar. Esto podría cambiarlo todo.

EL MONJE: ¿No estarás intentando decir que...?

EL VEHEMENTE: ¡Y por qué ibamos a permitir eso? ¡No hay razón para cambiar de estrategia ahora!

EL AGRACIADO: ¡Tiene razón!

EL MÁRTIR: Caballeros, por favor, no mintáis. He visto como anhelávais la posibilidad de que esta situación ocurriera. No solo para goce propio, sino para compartir esta libertad con el resto y deshacernos de las cadenas que nos ligan a todos a nuestro destino. ¡Ahora que tenemos la oportunidad nos vamos a quedar de brazos cruzados?

EL MONJE: Pues...

EL AGRACIADO: ¡Eh! ¡De eso nada, ni se te ocurra!

EL VEHEMENTE: Monje, no estarás pensando en hacerle caso a este viejo, ¿verdad?

EL MONJE: ...Debemos comunicar esta decisión de inmediato.

—¿Perdón?

—No sabía que había nada detrás de la ventana, solo quería salir de ahí.

—¡¿Y directamente saltó al vacío como si nada?!

—¡Pensé que estaba a ras de suelo!

—Por el amor de... ciertamente la fortuna le sonríe hoy; no solo ha sobrevivido a la caída, sino que también ha pasado por un tragaluces sin ni siquiera calcular por dónde caer ni a qué velocidad. Formidable, simplemente formidable. Mas, me encuentro en la obligación de preguntarle, ¿por qué quería irse?

—¿Qu...? ¿Cómo que por qué? — La pregunta rozaba lo insultante para elle.

—¿Es que el vino no era de su gusto? No se preocupe, eso se puede remediar fáci--

—¡No! No. — Vértigo se sorprendió al ser cortado de esa manera, estaba convencido de que a todo el mundo le gustaba el vino. —Déjalo, anda. ¿Dónde está la salida?

—Pero, ¿por qué tanta prisa? Soy consciente de que hemos empezado con mal pie, pero prometo que su estancia aquí será la mejor que pueda brindar. Al menos, déjeme escuchar su nombre.

No podía creer lo que estaba ocurriendo. Aquella era, sin lugar a dudas, la situación más surrealista en la que Vermillion se había encontrado hasta la fecha. No pudo evitar explotar ante tal disparate:

—¿Cuál es tu problema?! ¡Primero me quieras matar y ahora actúas como si fueramos amigos íntimos?

—Sé lo que eres.

El repentino cambio de tono hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Vermillion. La calidez del jardín se esfumó al pasar una nube por delante del sol, dejando solo la frialdad de la luz que emitía el caballero.

—No te sacias con cualquier enigma, te gusta rebuscar entre las entrañas del misterio. Eres uno de esos "intelectófilos".

—Te acabas de inventar esa palabra.

ella lo único que conseguirías sería retroceder en tus pasos, así que está descartada la posibilidad de usar esa puerta como salida desde el principio. Por otra parte, al investigar la estancia, estoy seguro de que te diste cuenta de que todas las paredes estaban cubiertas de estanterías con libros, no había ni una sola ventana. Es más, puedo decir con seguridad que la biblioteca estaba iluminada únicamente por antorchas y velas.

—Eso es. Por lo que veo, parece ser que lo estás empezando a comprender. Es ciertamente curioso que no hubiera ventanas y que la que pareciera como única salida estuviera cerrada, ¿no?

—Así que estoy en lo correcto. En ese caso, permíteme proseguir con mi explicación: he de decir que el hecho de que no se pudiera ver el techo de la biblioteca fue un punto a tu favor, en tanto que te ayudó a descartar millares de posibilidades instantáneamente. Ciento es que esta lógica no te hubiera servido de no ser que nos hubieras visitado un día diferente, así que debo jurarle venganza a la suerte por darte semejante pista. Seguramente ya lo hubieras notado antes de entrar en la Torre, pero hoy es un día de viento. No es que hubiese una ventisca, ni mucho menos; pero, pese a ser poco el viento que huye de nuestras puntas de los dedos, es suficiente para que nos salude con su evasiva caricia. Pues bien, ese viento, si se tratase de una verdadera habitación cerrada, nunca podría haber llegado a la biblioteca. Sin embargo, el viento llegó de todas maneras. Has demostrado en numerosas ocasiones que eres una persona astuta, y seguro que en ese mismo momento te diste cuenta. Sí, estoy seguro de ello, tu perspicacia es digna de admiración. ¡El viento existente en la biblioteca te ayudó a averiguar que había un sitio por el cual podía pasar! ¡Como era imposible que pasase por la entrada, o por una pared inexistente, o por cualquier otro lugar que pudieras ver, como por ejemplo el suelo, pensaste que venía del único sitio que no podías ver! ¡¡El techo!! ¡¡En ese momento sabías que había algo en el techo que dejaba pasar el aire, y que muy problemática podrías usarlo como salida!!

Un silencio devastador comenzó tras acabar su discurso, silencio únicamente viciado por el sonido de unos aplausos de guantes de cuero.

—¡Bravo! Así es, sabía que la salida estaba allí por el viento, aunque en ese momento no sabía qué tipo de salida era. Ah, y gracias por dejar la escotilla abierta, sin tu ayuda no podría haberlo hecho. — Una carcajada acompañó la amistosa mofa de Vermillion.

—Ahora, con respecto al comedor, — Sir Vértigo no parecía perder el tiempo, — sigo sin entender cómo supo que detrás del ventanal había un habitáculo con un tragaluz por el cual entrar.

—Ah, no lo sabía.

Una vez más, el rey silencio hizo acto de presencia en su reino.

Vermillion cerró la puerta.

Por fin dejó de preguntarse qué quería decir el ente con su discurso final y salió de la catedral escondiendo el orbe en su pelo. Pensó que era inútil intentar descifrar su funcionamiento, ya que ya había rescatado un tesoro valioso y había salido ileso. Su objetivo en ese momento cambió de "a ver qué ocurre en este sitio" a "salir de aquí lo antes posible"; una parte de él no quería pensar en lo mucho que le costaría, teniendo en cuenta lo enrevesadas que pueden llegar a ser las habitaciones y sus conexiones entre ellas.

Pero justo en el momento anterior a decidir no entretenerse en las salas aleatorias, se dio cuenta de en qué parte de la Torre apareció.

Se trataba de una amplia y vertical biblioteca, con centenares de libros a disposición de quien la encontrara. No parecía que tuviera demasiados pasillos como para perderse, pero era impresiva la altura que podía llegar a tener; Vermillion no era capaz de ver el techo. Sin embargo, era curioso que únicamente hubiera un set de escaleras de mano, y que este ni siquiera cubriera aquellas estanterías superiores al tercer nivel. El aullido de una ráfaga de viento hizo que concentrase su atención en el contenido de los libros.

No tardó mucho en determinar el tema común que compartían los libros de las estanterías de la planta baja: todos establecían normas arbitrarias sobre como ser una buena herramienta para tu comunidad. Rápidamente se dio cuenta de que todos eran una enorme pérdida de tiempo, si acaso un buen material de lectura sarcástica.

Vermillion, aun así, se percató que por cada planta los libros se volvían cada vez más específicos, sobretodo porque giraban más bien hacia la profesión del buen caballero. Por supuesto, este tipo de obras no le resultaban fuera de lugar en un sitio como este; sin embargo, solo con coger un tomo y ojear las páginas en diagonal le fue posible detectar el esrieto dogma al que estaban expuestos los guardianes de estos lares.

No era muy conocedore del tema, pero sabía que estas rutinas y rituales eran demasiado, incluso para personas que juraron entregar cuerpo y alma a la servitud de una bandera. Esa visión basada en el castigo y la irredimibilidad no creaba disciplina, solo miedo al fracaso, y de éste surge el deseo de ser reconocido por el resto, lo cual lleva al castigo y la irredimibilidad. Es la pescadilla que se muerde la cola. El mítico uróboro. Es difícil salir de ese ciclo si todo tu entorno funciona de la misma manera.

En el momento en que Vermillion devolvió la obra a su sitio, se percató de la aparición de una nota parecida a las que ya estaba acostumbrade en una de las estanterías más altas. A primera vista, se trataba de la misma letra que el resto,

pero si uno se parara y pusiera real atención a la forma de la caligrafía, era aparente que la mano que sujetaba la pluma estaba mucho más suelta. Pese a este diminuto detalle, no tardó en arrancar la carta y leer su contenido.

"Año 1, día 8 de marzo:

En el día de hoy se me fue introducida con detalle la biblioteca de la Torre. Tuve la suerte de tener un ilustre guía para que me fuera explicado su funcionamiento. No me ha sido posible tomar nota mientras lo hacía, así que le he pedido prestadas las notas de uno de mis compañeros para así añadirlas en esta entrada, contrastándolas con todo lo que recuerdo sobre la visita.

Esta maravilla arquitectónica de única entrada ha sido creada con la intención de retener el conocimiento más básico al alcance de todo el mundo, mientras que el más avanzado se encuentra en los pisos más alejados. Dicha medida ha sido implementada de forma sublime, al crear el recinto de forma vertical, dificultando el acceso a dicho conocimiento a aquellos no forman parte del cuerpo de caballeros, en tanto que somos los únicos poseedores de escaleras de mano lo suficientemente altas para trepar por los niveles superiores.

Como medida de seguridad complementaria, se le prohíbe a todo visitante traer cualquier tipo de objeto a la biblioteca, para prevenir así cualquier tipo de daño o acto de vandalismo; en el caso en el que viniera con alguna cosa, se le despojaría de su posesión en la entrada, y se le devolverían sus pertenencias una vez saliera de la biblioteca.

Solo un selecto grupo de eruditos tiene acceso a los libros superiores. Esto se debe a que han sido considerados demasiado controvertidos, pues corromperían las mentes del típico ciudadano. Es por eso que estos se envían a lo alto de la biblioteca para ser revisados y, dependiendo de la gravedad de su contenido, o bien se donarían a otras bibliotecas o bien se quemarían.

Por una parte, entiendo la curiosidad de los visitantes, mas nos es imposible convencerles de que la biblioteca se construyó así por esa misma razón. No podemos arriesgar su sanidad, debemos protegerlos.

Debemos enseñarles el camino correcto."

Vermillion estuvo a punto de devolver la página a su sitio, pero se vio incapaz de hacerlo. Por una parte, la cola de harina ya había perdido la gran parte de su pegajosidad y, por otra, el diseño de las paredes de las estanterías no era lo suficientemente liso como para aguantar una hoja de papel de cualquier manera.

Tras fijarse mejor en la superficie dentada, pudo averiguar que si la seguía

—Ciento, pero en ningún momento has dicho qué tipo de agente externo, según tú, utilicé. No puedes simplemente decir "lo averiguaste mediante un proceso que desconozco, y por ese mismo motivo me niego a explicártelo" y quedarte tan pancho. A no ser que puedas decirme cómo utilicé ese agente externo, o directamente qué agente externo utilicé, me temo que no puedo darte por correcta o incorrecta esta línea de ataque. ¡Me niego a aceptar una respuesta sin fundamento!

Vermillion no sabía ni cómo, pero consiguió darle la vuelta al tablero de una manera magistral. De un momento a otro, pasó de temer por su integridad a estar en total control de la situación. Nunca se hubiera esperado que sería tan sencillo intercambiar roles: el cazador se convirtió en el cazado. Negar cada una de las disparatadas teorías del caballero le llenaba con un indescriptible sentimiento de orgullo, el cual reforzaba su ego a pasos agigantados. Verle sufrir añadía, además, un carácter retorcido a la sonrisa debajo de su casco.

La mente del ente comenzó a dar vueltas, cayendo en un abismo sin salida. Ninguna de las posibles respuestas que se le ocurrían eran lo suficientemente firmes como para ser consideradas la verdad. Estaba él solo sumiéndose en la más tremenda oscuridad al no considerar la situación con cuidado. Por más que pensaba, más vueltas le daba la mente y más ganas de desaparecer tenía.

Y, por alguna razón, algo dentro de él cambió. Fue esa misma presión la necesaria para llegar a una respuesta sin fisuras. ¿Ya está? ¿De verdad ha sido tan simple? En un instante, se sintió tonto por haberlo pasado tan mal por una cuestión tan sencilla.

—¡¿Eso es todo lo que tienes?! ¿Cómo es posible que el ampliamente respetado protector de la Torre no sea capaz de hallar la verdad? ¡Incluso un crío sería capaz de hacerlo, y sin ningún tipo de pista, además! Tu ira te está cegando y no te deja recordar los sucesos con claridad, Verdi. Todo lo que necesitas para averiguarlo ya se te ha sido proporcionado, ¿de veras eres semejante mentecato?

—¡Para tí es Sir Vértigo! ¡Y no descansaré hasta encontrar la verdad escondida en tus calumnias! Primero de todo, voy a intentar seguir tu lógica de la "intuición". Según tú, simplemente supiste que había una escotilla en lo alto de la biblioteca gracias a tu "intuición". Todo el mundo sabe que es imposible averiguar algo sin prueba alguna, al menos en este mundo. Es por eso que creo que esa "intuición" tuya es únicamente una serie de hechos que, unidos lógicamente, te pudieran llegar a sacar una conclusión con alta probabilidad de ser cierta.

—Sé lo que es la intuición, no me la tienes que describir.

—Es por eso que mi siguiente paso será analizar las circunstancias idóneas para que esa "intuición" existiera. Bien, partamos del hecho de que únicamente conocías la existencia de la entrada a la biblioteca cuando entraste. Pasando por

—Pero, qué dices? Si yo no soy más torpe con la magia porque no me entreno. No, no he averiguado que había una escotilla mediante ningún tipo de encantamiento, hechizo, o elemento mágico similar. Simplemente lo sabía y ya, ¿vale?

—Ah, sí? ¿Y qué le parece esto? Usted lo que hizo fue usar la bola de cristal usurpada para mirar por dónde se podría escapar.

—Acaso escuchas cuando te hablan? Ya te he dicho que no he usado ningún elemento mágico para eso. Por supuesto, con "elemento mágico" no me refería únicamente a hechizos, sino a cualquier material o instrumento que ayudase a controlar la magia, como una varita o una escoba. Por lo tanto, la posibilidad de que usase el orbe estaba descartada desde un principio. Je, je, je... pensaba que era redundante mencionarlo en su momento por ser algo tan simple, pero me sorprende la falta de lógica que estás demostrando hasta ahora.

—¡Pues...! ¡¡Pues...!! ¡Vio un plano de la biblioteca en uno de los libros!! Por supuesto, nuestra biblioteca tiene de todo. ¡Es del todo razonable que hubiera una copia de los planos en alguno de los libros!

—Hm, buen intento. Me temo, aun así, que no es correcto. Ninguno de los libros que inspeccióné tenía algún plano, dibujo o grafito de la estructura de la biblioteca. ¡Es más, ninguno de ellos tenía algún tipo de ilustración! ¡Y otra cosa más, el único texto que leí en la biblioteca que tuviera algo que ver con ella era una hoja suelta pegada a la pared! ¡¡La suma de todos estos factores hace imposible que hubiera aprendido la localización de la escotilla de manera visual; tanto por texto como mediante imágenes!!

—Argh... pero, eso... ¡no tiene sentido! ¡¿Cómo, entonces?!

—Ya te lo he explicado, memo. Usé la intuición. Gracias a la intuición ya sabía que había una escotilla sin necesidad de comprobar que estuviera allí o no.

—¡Inaudito! ¡Es simplemente imposible "saberlo" sin prueba alguna! ¡¡No es como si, en el momento en que estuviera convencido de que la escotilla estuviera allí, ese pensamiento se convirtiera en la realidad y apareciera ante sus ojos!! ¡¡Eso es únicamente posible en la ficción, no en la vida real!! ¡Ha debido tener la ayuda de algún agente externo para averiguarlo!

—Conque esas tenemos, ¿eh? Entonces, ese agente externo, ¿puedes decirme qué es?

—¿Cómo? ¡¿Qué parte de "agente externo" no entiende?! ¡Un agente externo es una persona, utensilio o método ajeno a la persona que lo necesita, y que le ayuda a conseguir determinada cosa!

horizontalmente encontraría al resto de las escaleras pequeñas conectadas a este circuito por ruedas. Rompió su rutina y optó por guardar esa nota en su mata, por si las moscas. Acto seguido, decidió acercarse a la escalera más cercana.

Tras confirmar que, efectivamente, se podían desenganchar las ruedas del circuito y volverlas a enganchar con suficiente fuerza, prosiguió a subir por la escalera. Una vez arriba, hizo dos huecos de un palmo cada uno entre los libros que tenía delante y puso los pies en ellos, aguantándose en la estantería mientras giraba su cuerpo de manera imposible para darle la vuelta a la escalera y enganchar las ruedas que antes tocaban el suelo en el circuito de más arriba.

Siguió con este ciclo mientras trepaba. Subir, hacer hueco, reenganchar. Subir, hacer hueco, reenganchar. Subir, hacer hueco, reenganchar. La tarea era toda una hazaña, teniendo en cuenta que en el momento en el que volvía a subir a la escalera ésta se movía por estar ligada a la pared únicamente por ruedas. Eso sí, puede que al principio hubiera tenido un mínimo respeto por la literatura de la sala, pero a medida que alcanzaba más verticalidad pasó de empujar los libros de lado a lado a tirarlos directamente para hacer su huída más rápida.

Fue en una de esas veces que lanzó los volúmenes al suelo en la que se percató de lo mucho que tardaban en llegar al suelo. Subir, hacer hueco, reenganchar. Cada vez que subía la escalera el tiempo entre que los libros volaban hasta que podía oírlos chocando contra el fondo de la biblioteca, además de que el sonido era cada vez más tenue. Subir. Había gastado tanto esfuerzo en trepar que no se había dado cuenta de la altura que había conseguido. Hacer hueco. De repente, se le hizo incómodamente aparente la falta de soporte que pueda amortiguar su posible caída. Reenganchar. Subir, hacer hueco, reenganchar. Subir, hacer hueco, reenganchar.

Subir.

Vermillion hizo todo lo posible para no mirar abajo.

Hacer hueco.

Para ignorar el ruido de las tapas de los libros contra la piedra.

Reenganchar.

Para mantener el equilibrio mientras movía la escalera y ésta le movía a elle.

Subir.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé...

Tutore y alumna volvieron a reunirse en privado, ella inquieta en su escoba, elle sosteniendo un examen suspenso.

—¿Te pusiste nerviosa? ¿Es eso?

—¿No...? —contestó Dutchess, evitando la mirada de hielo de Vermillion.

—¿Entonces, qué? Porque el examen no era para sacar mala nota, ¿eh?

—Lo sé, lo sé, pero... no sé, simplemente no puedo.

—Pero, es que... no lo entiendo, Dutchess, ¿por qué tienes tanta dificultad? Me preguntas cada pequeño detalle, entiendes todo lo que te explico, y ahora te lo sabes bien cuando te preguntan... pero cuando llegas al examen, algo te pasa.

—No... no sé lo que es.

—¿Te quedas en blanco?

—...No exactamente, no. — Empezó a frotarse las manos mientras explicaba. — Es como, es decir, como si no estuviese procesando que estoy haciendo un examen.

—¿Perdón?

—Quiero decir, es... es, em, entrar en el aula y cuando me doy cuenta ya estoy fuera. No recuerdo nada. Ni las preguntas, ni mis respuestas... hay incluso días que ni recuerdo de qué asignatura me he examinado.

—Hm... y me imagino que lo contrario también pasa durante del examen, ¿no? Cuando pierdes la concentración, se te olvida todo lo estudiado hasta que sales.

Dutchess dejó ir un suspiro que ni sabía que estaba reteniendo al oírle pronunciar esas palabras.

—Yo también lo creo, aunque no lo sé seguro.

—¿Te suele pasar esto fuera de clase?

—¿Creo que sí...? Aunque con menos frecuencia.

—¡De eso nada! — jadeó.

—Como desee.

Y así, Vermillion continuó intentando ponerle un dedo encima, mas cada intento era más fútil que el anterior. Estaba claro que con esta línea de ataque lo único que conseguiría era cansarse más. Tras un par más de ataques directos, decidió parar para coger aire, apoyando sus manos en sus rodillas.

—¿Y bien?

Vermillion podía sentir como su mirada era tan intensa que podría perfectamente hacerle un agujero en el casco:

—¿Qué... es... lo que quieras? — respondió con la voz entrecortada, devolviéndole el contacto visual.

—Quiero averiguar cómo lo hizo.

—...Cómo hice el qué?

—Cómo hizo el numerito en la biblioteca y en el comedor. Cómo sabía que había acceso a otras habitaciones cuando no había una puerta.

—¿Qué? ¿Eso es todo? ¿Solo has venido hasta aquí para preguntarme algo tan insignificante?

—Usted únicamente límítese a responder.

Vermillion se quedó perplejo ante tal cuestión. ¿Qué clase de truco estaba planeando? Más le valía responder con astucia si quería que no se la colara, pensó.

—Pues, no sé qué quieras que te diga. Respecto a lo de la biblioteca, simplemente lo sabía. Podrías llamarlo intuición, si quieras ponerle un nombre.

—¡Pero eso es imposible! La escotilla está a un nivel de altura tan elevado que no puede verse desde el suelo. ¡No hay manera de que hubiera podido verla con solo sus ojos!

—Eso ya lo sé, cazarro. En ningún momento he dicho que la hubiera visto desde el suelo. Todo lo que he dicho es que sabía que estaba allí. No había forma alguna de que pudiera haberla visto sin acercarme a ella, en eso tienes razón; pero eso no implica que no pudiera adivinar que estaba allí.

—¡E-entonces ha sido un hechizo! Conjuró algún tipo de encantación para poder encontrar la salida más próxima, ergo, la escotilla.

Lo único que quedaba fuera de lugar eran los trozos de vidrio naranja esparcidos por el suelo, no muy lejos de la entonces posición de Vermillion. Sin embargo, no había ningún rastro de la ventana que contenía ese cristal. ¿Acaso...?

—Cuidado con la fuente.

Una voz familiar le sacó del trance y le forzó a levantarse de un salto. Era ese maldito caballero encapuchado de nuevo. Sus huesos deslumbraban azules en la oscuridad que le proporcionaba el pilar del cual se apoyaba.

—El sistema de cañerías es una reliquia de mis antepasados, una única baldosa vale más de lo que puedes cobrar en mil años de tu miserable vida. — El ente se acercó flotando hacia su dirección.

—¡Atrás! — Vermillion intentó buscar en vano la antorcha que tenía en sus pertenencias, pero se le olvidó que ya la descartó anteriormente.

—Has tardado un buen rato en despertarte. ¿Tanto has bebido?

Vermillion sintió como su cara se tornaba roja al segundo:

—¡¡No!! ¡Y atrás he dicho! ¡Este orbe ahora es mío! — exclamó al retroceder para evitarle.

—Ya no me importa el orbe, te lo puedes quedar si tanto loquieres.

—¡Pues deja que me vaya!

—Me temo que no podemos permitirnos eso, — amenazó al acorralarle entre la fuente y su armadura, sin escapatoria.

Se escuchó como Vermillion tragaba saliva. De un momento a otro, el dulce abrazo del sol se había tornado en una tórrida trampa. Antes de que se hubiera podido dar cuenta, se había metido en un berenjenal del cual no podía salir de rositas.

Vermillion entonces decidió saltar hacia lo alto de la fuente y por encima del fantasma para darse un poco más de espacio para huir. Una vez sus pies volvieron a estar en contacto con el suelo, se lanzó hacia su contrincante para darle un zarpazo con su garra derecha. Sin embargo, su tiempo de reacción fue excelente y consiguió esquivar el ataque con facilidad. Vermillion probó con varios otros zarpazos, puñetazos y bofetadas, así como coger piedras del suelo y lanzárselas. Mas todos sus intentos fueron en vano, todos evitados por el ente, quien en ningún momento mostró signos de querer devolvérselos.

—¿Ha terminado? Tenemos cosas de las que hablar.

—Realmente deberías plantearte ver a un profesional sobre esto, porque que yo sepa no hay ningún crío en clase que sepa conjurar amnesia temporal, ¿no? Ni que sea tan cruel como para hacerte a tí en específico.

No se iba a andar con rodeos, no tenía ni idea de lo que le pasaba a la pobre chica, y tampoco es como si quisiera tomar una medida desproporcionada sin saber a lo que estaba enfrentando. Pensó que lo mejor que podían hacer en este caso era esperar a algún tipo de diagnóstico antes de probar nada.

—¿No podría usted hacer algo? Como, no sé, cambiar el examen a un trabajo...

—Dutchess, si te cambio el examen a ti, se le tengo que cambiar al resto también. Supondría darte una ventaja respecto al resto de la clase. ¿No lo ves?

—Supongo que si se mira así...

—Ey, venga ya, no te pongas triste, mujer. Mira, puede que no sepa como ayudarte pero ya verás que si sigues estudiando más te lo sacas.

Se estaba haciendo tarde, la luz naranja del ocaso iluminaba la sala mientras Dutchess interiorizaba las palabras de Vermillion. Esta, la luz, combinada con el silencio que separaba a profesore y alumna dejaba claro que ambos querían irse a casa, pese a no haber encontrado una solución mutuamente satisfactoria. Por su parte, Vermillion se sentía culpable por no saber cómo actuar, mas lo único que se le ocurría era acatar la opinión de un experto, cuando llegara. Si llegara.

Este era solo un pequeño ejemplo de lo que tenía que soportar cada día Vermillion. Amaba a sus estudiantes, pero odiaba tener que atender a todos y cada uno de sus problemas personales; lo podía llegar a entender, pero tantos a la vez se amontonaban hasta que se le caían los párpados. La realidad de Vermillion era pasar cinco días a la semana escuchando quejas para luego estar dos días preparando el material por el que recibirá dichas quejas, así todos los meses del año; bueno, salvo en vacaciones.

Al pensar en las vacaciones, a Vermillion le empezó a doler la cabeza. ¡Ay, cuánto anhelaba las vacaciones! Se preguntó cuánto faltaba para las siguientes, pero decidió omitir el cálculo para salvarle de un disgusto al recordar que las últimas que pasaron fueron hace poco. El esfuerzo mental que le suponía pensar en el tiempo que tenía que aguantar la cordura hasta entonces era suficiente para desarrollar una úlcera. No quería recurrir a ningún método que suponiera evadir sus responsabilidades, pero si el estrés le seguía comiendo no le quedaría otra alternativa.

Cuando se le disipó la jaqueca, Dutchess ya se había ido.

ESCENA SEGUNDA

Mismo lugar que la última vez que los cuatro se reunieron, aún de noche. EL VEHEMENTE en el medio de la habitación, barriendo y murmurando algo inaudible, malhumorado. Barre todo el polvo hacia una montaña de residuos al lado de la salida. EL AGRACIADO revela su posición a la audiencia al quitarse el edredón de encima y levantándose de la cama. Aprovecha cuando EL VEHEMENTE está mirando hacia la montaña para acercarse de puntillas.

EL VEHEMENTE: (Se da la vuelta de manera brusca antes de que el otro le alcance) Cuánto has tardado.

EL AGRACIADO: (Pega un brinco y se cae al suelo) ¡Ay! ¿Se puede saber cómo has podido saber que estaba ahí?

EL VEHEMENTE: Lo aprenderás cuando seas mayor. ¿Qué tal la siesta?

EL AGRACIADO: (Se levanta y se quita el polvo del atuendo) Ha estado bien, mas no me siento muy descansado.

EL VEHEMENTE: (Para de barrer) Ya veo. Si necesitas volver al mundo de Morfeo, adelante. Yo haré guardia.

EL AGRACIADO: No, no, no es necesario. Ya intenté volver a dormir antes, cuando estaba enterrado en las sábanas, pero me he desvelado. ¿Me he perdido algo?

EL VEHEMENTE: No mucho; aquellos dos se fueron a Dios-sabe-dónde y no he vuelto a oír de ellos desde entonces. Mientras tanto, he estado barriendo para matar el rato.

EL AGRACIADO: ¡Te ayudo!

EL VEHEMENTE: Lo aprecio, pero ya casi he terminado.

EL AGRACIADO: ¡Entonces acabaremos el doble de rápido! (Coge la misma escoba que tiene EL VEHEMENTE)

EL VEHEMENTE: ¡Suelta eso! (Forcejean con la escoba, sujetándola ambos con la mano derecha a la vez)

Se pelean por la escoba durante unos segundos. EL AGRACIADO se tropieza con la fuerza de EL VEHEMENTE y ambos caen encima de la pila de escombros, esparciéndolos. Mientras se levantan y lamentan el desperdicio, dos

EL AGRACIADO: Por una vez, estoy de acuerdo con el abuelo. Es muy poco probable de que dé fruto este plan suyo. Y, además, creo que hemos actuado demasiado tarde para poder asegurar una victoria.

EL MONJE: ¿Y qué sugiere que hagamos? ¿Ir atrás en el tiempo para advertir a todo el mundo de que nuestro invitado era lo que estábamos buscando mientras este se dedicaba a entrar en nuestro hogar? Eso, por una parte, no es posible; y, por otra parte, si lo fuera, nos tomarían por locos.

EL AGRACIADO: Solo digo, que no os sorprenda si esto no acaba bien.

EL VEHEMENTE: Comparto el sentimiento, joven, pero supongo que tampoco tenemos nada que perder. Si realmente vamos a hacer esto, hay que darlo todo.

EL AGRACIADO: (Se para) Es aquí.

Los cuatro se detienen en frente de una puerta doble de enormes proporciones. Ambas puertas de madera cerradas. EL MONJE coge uno de los pomos de hierro con la mano derecha.

EL MONJE: (Se da la vuelta y mira al resto) Voy a soltar al caballero, ¿están todos listos?

EL AGRACIADO y EL VEHEMENTE asienten.

EL MONJE: Que comience el espectáculo.

Cuando Vermillion volvió en sí, lo hizo con un tremendo dolor de cabeza.

El sol matinal que entraba por el tragaluces le cegaba parcialmente, empeorando su condición. Entrecerró los ojos al procesar el brillo incandescente del astro y con una mano hizo sombra para poder levantarse del suelo y sentarse.

Tardó en darse cuenta de la ternura del suelo, comparada con el resto de salas en las que estuvo. Al contrario de lo que esperaba, había aterrizado en pasto; el mero cambio de escenario le había dado esperanzas de haber abandonado la Torre, mas se desvanecieron al ver que no se encontraba en libertad, sino en un jardín interior. De hecho, estaba muy cerca del borde de una fuente en medio de la sala, probablemente hubiera perdido el conocimiento al darse con ella. La estancia en sí no estaba tan mal: el plácido calor del sol adornaba un patio lleno de vegetación diversa, con unos pasillos y pilares de mármol en los extremos de la sala. El sonido de la fuente con el de los insectos cantando, añadiéndosele la calidez y aire fresco que traspasaba por el tragaluces daba un aire tranquilizador a la escena.

EL MONJE: Sabemos lo mismo que usted, amigo fiel. Un estruendo enorme en un nivel inferior no nos dá mucho para averiguar qué ha sido, al menos por si solo.

EL AGRACIADO: ¡Ey, venga, más rápido! ¡Hay que llegar más rápido o nos lo perderemos!

EL VEHEMENTE: ¿Qué hay que perder, acaso?

EL AGRACIADO: Ay, de veras, tu edad te delata, abuelo. Ojalá no acabare como tú a tu edad. ¡Que Dios se apiade de mí y acabe con mi sufrimiento pronto! Monje, haz algo de provecho y apresúrate a explicárselo.

EL MONJE: (Avergonzado) Me temo que nuestro amigo no es la única que no entiende de lo que habla, señorito.

EL AGRACIADO: ¡¿Tú también?! Ay, como odio que seais tan poco avisados, ¡es realmente tedioso tener que convivir con gente como vosotros! Bah, qué más da, lo averiguaréis al llegar, ya veréis.

EL MONJE: ¿Tiene algo que ver con nuestro invitado?

EL AGRACIADO: ¡Tu qué crees? Despues de todo, tiene todas las papeletas.

EL VEHEMENTE: Ah, creo que ya lo entiendo. Je, je, qué débil es la psique, seguramente se le haya caído un barril al intentar levantarla y bebérselo a morro. Sabía que era buena idea enviarle a la bodega, ¡los vivos son realmente criaturas tan simples!

EL MONJE: Ciertamente, yo también estoy comenzando a comprender qué es lo que causó ese estruendo. Cualquier persona de su edad se sentiría atraído por tal brebaje, no le culpo en lo más mínimo. Será todo un honor ser testigo de tal derroche de deseo. Sin embargo, sería imprudente por nuestra parte dejar pasar por alto otras posibilidades.

EL AGRACIADO: Me alegro de que hayáis sido capaces de llegar a la misma conclusión que yo. Mas, también tienes tú razon, monje. Hay que ir con los pies en polvorosa, aun no sabemos de qué es capaz este personaje.

EL MONJE: Sí, sin ninguna duda. Pero no debemos olvidar cual es nuestro objetivo con todo esto.

EL VEHEMENTE: ¡De verdad vamos a seguirle el juego a...? (Señala con la cabeza a EL MÁRTIR, aun dormido sobre su hombro) Ya sabes.

EL MONJE: No nos queda otra, es nuestra última esperanza.

figuras salen de debajo de la cama: primero EL MONJE y tras él EL MÁRTIR. Este último no reacciona al tumulto y opta por quedarse cerca de la cama, mientras que EL MONJE se acerca a los otros dos perplejo.

EL MONJE: ¿Pero, se puede saber qué hacen?

EL AGRACIADO: (Señala a EL VEHEMENTE) ¡Ha empezado él!

EL VEHEMENTE: ¿Cómo que yo? ¡Maldito malcriado, te haré recordar el sabor de mi mandoble!

EL MONJE: ¡Por favor, haya paz! Hemos vuelto con nuevas sobre el visitante.

EL AGRACIADO: ¿Ha caído en la trampa ya acaso?

EL MONJE: No, todavía no.

EL VEHEMENTE: Perdonad mi ignorancia, pero, ¿que es "la trampa"?

EL AGRACIADO: Ah sí, tú no estabas. Paciencia, amigo, ya la verás. (Se dirige a EL MONJE) ¿Qué es lo que has de comunicar, entonces?

EL MONJE: Verán, cuando le vimos la última vez, estaba escalando por las estanterías de la biblioteca.

EL VEHEMENTE: ¿Trepando por las paredes? Menuda estupidez, ¿por qué haría eso?

EL AGRACIADO: ¡No es obvio? Para dejar que le empujemos desde lo alto y se rompa las piernas. ¡Oh, el sonido de músculos quebrantados con sus berridos de dolor sería fantástico! Una estupenda harmonía, la panacea contra el aburrimiento. (Se ríe)

EL MONJE: Pese a lo mucho que nos ayudaría a frenarle los pies, no creo que sea la solución idónea al problema que se nos plantea.

EL AGRACIADO: Aguafiestas...

EL VEHEMENTE: Bueno, ¿y qué tiene que ver lo que haga en la biblioteca?

EL MONJE: Doy por sentado que están familiarizados con la estructura de la sala. Solo hay una entrada, la cual ahora mismo está vinculada a la catedral.

EL VEHEMENTE: ¡Está acaso... buscando la otra salida, la escotilla?

EL MONJE: Eso creemos. Parece ser que una vez ha cogido su premio ya solo busca salir lo más rápido posible.

EL AGRACIADO: ¡Pero es imposible que la hubiese visto desde el suelo!

EL MONJE: Ciento es. Solo alguien con la vista muy aguda podría haberla visto, pero eso no es lo importante. Lo realmente preocupante es su perseverancia. ¿Quién a su sano juicio arriesgaría la vida de tal manera?

EL AGRACIADO: Se nos escapa. ¡Hay que actuar!

EL MONJE: Es por eso que hicimos bien en plantar la trampa, ahora solo queda esperar a que caiga. (*Se torna hacia EL MÁRTIR*) ¿No es así?

EL MÁRTIR sentado en el suelo, dormido y roncando. Los tres resoplan y EL VEHEMENTE lo levanta del suelo para tumbarle sobre la cama. EL AGRACIADO coge la escoba y se dispone a limpiar otra vez. EL MONJE sale de la habitación cabizbajo y pensativo.

Vermillion se tumbó en el suelo sudoroso y agotado tras pasar por la escotilla. Miró al techo de la nueva estancia mientras recuperaba su aliento. El esfuerzo tanto físico como mental le había puesto en una cantidad de estrés inimaginable para él hasta ahora; no sabía ni cómo lo había hecho para sobrevivir. Tras calmarse un poco, se levantó como pudo del suelo intentando ignorar el dolor que le ocasionaba moverse de determinada manera. El día siguiente tendría agujetas, pensó.

Mas un tipo distinto de molestia se instaló en su estómago al ver dónde se encontraba. Un vasto comedor se desplegaba ante él, con techo alto con un cargado candelabro sin encender y estandartes y tapices adornando las paredes. Una enorme vidriera naranja con motivo aviario hubiera iluminado la gran y larga mesa en medio de la sala, de no ser porque había una silla entre ambas que eclipsaba la luz y embadurnaba la estancia con oscuridad. Dicha mesa estaba repleta de diferentes platos: ensalada campesina, chuleton, sopa de cebolla, lagarto (el corte), carrilleras, champiñones y trigueros salteados, tortilla, empanadas, lubina, escargot, lagarto (el animal), pan de payés, pastel de manzana, cruasanes, frutos silvestres, tablas de queso y charcutería, entre otros. El olor penetró en el interior de sus fosas nasales y desagotó un rugido en su tripa. No recordaba la última vez que comió, se arrepentía de no haberlo hecho antes de hacer la excursión.

Se percató de una peculiaridad más al acercarse a la mesa: que la vertical silla en frente del ventanal era la única en toda la estancia. En otras palabras, no únicamente alguien había preparado un banquete digno de rey, sino que lo había preparado para una única persona, ya sea ese alguien o bien un tercero. El festín como tal era de admirar, pero la imagen mental de alguien metiéndose todo su contenido entre pecho y espalda le daba náuseas. Procuró no pensar demasiado en ello y simplemente acercarse a la mesa.

—Lo siento, de veras que no me acuer—

—¡¿Cómo que no te acuerdas?! ¿Tan poco te importa la asignatura como para no acordarte? — Su cambio de tono la asustó aún más. — Si ni tú misma puedes decirme qué te he preguntado, ¿cómo puedo saber que no te has inventado las respuestas? ¿Qué hago yo ahora con este examen, Dutchess? ¡¿Qué hago con él?!

La habitación, una vez más, se llenó de un silencio asfixiante. Dutchess se vio obligada a romper el contacto visual para evitar que su maestre le viera llorar.

Si había algo que Vermillion detestaba era que le hicieran perder el tiempo. Irónico, de alguna manera, con la capacidad que tenía de liar a la gente y hacerle oír cosas que no les interesaba. De todas maneras, lo veía como un insulto; pese a los esfuerzos que hizo para asegurar que tuviera un aula donde examinarse, su actitud le demostraba que no tenía respeto por los sacrificios que hacía por ella. Cada día que pasaba se creía menos que tuviera un problema de memoria y se creía más que fuera una excusa para no esforzarse por aprobar; y este último numerito le convenció. En ese momento, su cerebro había sido capaz de convertir esa teoría en la verdad, él solito, sin ayuda de nadie.

Vermillion no era el tipo de persona como para dejar pasar cualquier tipo de ataque a su persona, ya sea intencional o no. No importaba cuan llorosos estuvieran los ojos de su oponente al confrontarle, o cuánto lo sintiera.

Antes de que Dutchess se fuera de la sala, sollozando, Vermillion rompió el silencio con un suspiro por enésima vez:

—No te entiendo, Dutchess. — La susodicha se detuvo una última vez. — De verdad que no.

Sin embargo, en ningún momento volvió a darse la vuelta.

—Ya.

Y con eso se fue.

ESCENA TERCERA

La acción en los pasillos de la Torre. Los cuatro caminando por ellos al unísono. EL AGRACIADO adelantando al resto, con EL MONJE siguiéndole. EL MÁRTIR durmiendo de nuevo, a manos de EL VEHEMENTE que va detrás del resto.

EL VEHEMENTE: Pero, ¿se puede saber qué ha pasado?

Por si eso no fuera suficiente, se estaba jugando un considerable porcentaje de la nota final. Por un momento consideró dejarla sola en el aula para que pudiera hacerlo en paz, pero no podía arriesgarse a que hiciera chuletas. No era el tipo de chica que copiaba en los exámenes, por supuesto, pero aun así prefirió no arriesgarse a que intente algo. Sabía lo desesperada que estaba por aprobar, y la gente desesperada suele hacer cosas que nunca se plantearía hacer en situaciones normales.

Y, efectivamente, estar allí aseguró que el examen se hiciera con normalidad. Se preguntó si hubiera sido diferente si las circunstancias hubieran variado. ¿Habría estado menos nerviosa si no hubiera llegado tarde? ¿Impactaría mucho en su nota que estuviera mirándola todo el rato? ¿Realmente hubiera hecho trampas si se fuera de la sala?

Esas preguntas dejaron de importar cuando Dutchess dejó la pluma en la mesa y le entregó el folio.

—¿Qué, cómo te ha ido?

No hubo respuesta. Se apresuró para coger sus cosas e irse, sin ni siquiera enseñarle la cara a su maestre.

—No tengas prisa, mujer, que no lo voy a corregir delante de ti.

—Tengo que irme. — Replicó al momento. De forma brusca se apartó de la mesa y se dirigió hacia la salida, con el cuerpo encorvado mientras sujetaba su escoba y mirando hacia el suelo.

—¡Dutchess, espera!

E hizo como se le pidió. Se quedó parada en mitad del aula. Pasados unos segundos, miró por encima del hombro a Vermillion, con visible sorpresa en su ojo.

—¿...Sre. von Kavalier?

—¿Qué es lo que te he preguntado?

—¿Qué? — Se dio la vuelta completamente para verle mejor.

—No quiero que me digas qué has respondido a las preguntas, sino qué preguntas te he puesto.

—Las preguntas... del examen... ehhh...

—¡Dutchess, venga ya! ¡Si me lo acabas de dar!

Cogió tímidamente uno de los bollos más pequeños de una cesta, procurando así que el destinatario del banquete no lo echara de menos. Se lo acercó al casco para olerlo primero, pero a parte del olor a pan recién horneado no encontró nada fuera de lo común. Decidió meter un dedo dentro para abrirlo en dos e inspeccionar si había algún tipo de veneno, con la facilidad que le daban sus guantes con forma de garra. Una nube de humo salió de las entrañas del caliente bollo al partirlo; otra vez, nada ajeno a lo ordinario.

Satisfecho con la inspección del alimento, se aseguró de que no había nadie más en la sala y con la mano que le quedaba libre desencajó la parte frontal dorada de su casco, la que le quedaba en frente de su boca y nariz. La dejó en la mesa para no perderla de vista y acto seguido se bajó el alto cuello negro de su jersey que ocultaba su boca para darle un mordisco.

En ese instante, todo lo demás era supérfluo. La calidez, la textura glutinosa, el sabor, el crujido de la corteza; todo eso hacía que la mente de Vermillion se quedase en blanco mientras masticaba. Ciertamente, no había nada como comer después de un largo tiempo sin hacerlo, pero que la comida que te llene el estómago fuera una de tus preferidas era algo infinitamente superior. No era capaz de capturar la inmensa felicidad que le aportaba semejante ambrosía.

Recogió la pieza de su casco y se sentó en la silla para hincarle el diente al resto del menú. Ya no le importaba el comensal que nunca venía, solamente podía pensar en lo mucho que disfrutaba saboreando todo lo que atrapaba con el tenedor. Cada bocado era una explosión de umami más grande que el anterior, tanto que se atrevió con los platos que nunca le habían gustado. Este tipo de felicidad era algo que jamás se habría imaginado que experimentaría; ¡qué gran honor es disfrutar del comer! Si tan solo hubiera podido rejocigarse en esta maravilla de sabores mucho antes, estaba segure de que se hubiera ahorrado más que un disgusto. En ese momento comprendió por qué alguien pediría tanta comida de una sentada.

Tras engullir y dejar limpios varios platos los, sabores estaban comenzando a mezclarse en su lengua, así que decidió ir a por algo de líquido para limpiar su paladar y darle un respiro a sus papilas gustativas. Acercó el cáliz más cercano a sus labios, mas se detuvo a pocos milímetros del borde antes de beber de él. Una peste familiar inundó su sentido del olfato por completo. Un olor frutal, con notas de fermentación evidentes. Vermillion no sabía ni por qué se molestó en examinar el contenido del recipiente con sus propios ojos. Vino, tinto. Cubría unas tres cuartas partes del cáliz.

Y así, perdió el apetito.

Un centenar de pensamientos pasaron por su cabeza, cada uno más frenético que el anterior. Para ser justos, era normal acompañar la comida con un vaso de vino,

así que seguramente la persona que lo preparó no tenía malicia. Sin embargo, la falta o no de malas intenciones no hacía que desapareciese su malestar.

"Un vaso solo no será para tanto."

En ese momento estaba demostrando una resistencia descomunal al apoyar el recipiente en la mesa. Para elle, en ese momento pesaba más de una tonelada, y a la vez era lo más ligero que jamás podría haber sostenido.

"Solo un sorbito de nada, venga."

Pese a eso, no le fue tan sencillo para su mano desprenderse de él. Era increíble la diferencia de dificultad que le suponía dejar ciertos hábitos comparados con otros.

"Una gotita y nada más, lo prometo."

Se apresuró a volver a taparse con el cuello y a encajar otra vez la parte del casco para distraerse. Acto seguido, se levantó de la silla para comprobar si había algún líquido lo suficientemente neutro como para quitarle el sabor de la boca. Sin embargo, ni una única jarra de agua había. Volvió a sentarse al no encontrar sustituto, y justo antes de devolver su vista al cáliz, avistó algo por el rabillo del ojo. Se volteó para ver qué era, mas tampoco encontró respuesta a su pregunta; solo el vacío del comedor le sonreía de vuelta.

Realmente su adicción le estaba jugando una mala pasada. Se echó las manos al casco y apoyó los codos en la mesa para procurar recobrar cuanta cordura pudiera. Fue en ese momento en el que se percató de la nota que había en frente de su plato vacío. Era del mismo papel que todas las anteriores a ella, mas esta era significativamente distinta al resto. Esta carecía de letras algunas, y en su lugar había un grafito que ocupaba la mayoría de la hoja. El dibujo representaba una mano derecha cortada por la muñeca, la cual señalaba hacia arriba con el índice. La curiosidad le ganó y siguió la dirección del dedo con la mirada. Al final de la sala, alineada con la línea invisible que trazaba el dibujo, se encontraba una nota similar a la que tenía en frente, solo que en horizontal y apuntando hacia la izquierda. Una vez más, se dirigió hacia donde apuntaba la mano y se avistó de que en ese preciso punto de la pared había aparecido una nueva puerta.

Si el alcohol hiciera que se volviera loque, lo haría este sitio, sin duda, pensó. Ciertamente no sabía qué es lo que quería hacer ese maldito ente con elle. ¿Por qué tomarse la molestia de plantar esas hojas para indicarle lo que elle interpretaba como la salida en vez de directamente echarle por la ventana o algo? Menuda manera de marear la perdiz, estaba claro que disfrutaba desorientándole para más tarde darle de la mano y llevarle a donde él quisiera que vaya. Una retorcida práctica, realmente; mas es el único camino que le quedaba.

Se volvió a levantar para comprobar si la escotilla por la que entró seguía existiendo. Justo como intuía, se había desvanecido. La única salida había cambiado de lugar una vez más, manifestándose en ese momento en la pared. ¿Acaso habría algún límite de habitaciones que el fantasma pudiera conectar a la vez? Se agachó y tocó el suelo para realmente comprobar que no era un juego de iluminación u otro aparejo similar y que realmente había desaparecido. La losa de piedra era rígida; demasiado, de hecho: no había ninguna grieta perceptible ni por vista ni por tacto, realmente era como si nunca hubiera existido una escotilla ahí.

Una vez se había hartado, se levantó para evitar tener más agujetas el día siguiente y se dirigió a la puerta. Esta era, como era de esperar, palpable y firme; hecha de manera igual que el marco que la mantenía en pie, con visagras y pomo de hierro, sin picaporte ni ventanas. Una puerta normal, de las que se encontraban en todas las casas. Sin embargo, la ordinariedad de la puerta no era lo que realmente prohibía a Vermillion de entrar en la cámara que separaba, sino las circunstancias de su existencia. ¿Se manifestaría la siguiente habitación en el momento en el que abriese la puerta, o por el contrario ya existía antes de que la puerta llegase ahí? ¿Qué garantizaba que una vez pasase por ella el comedor siguiera en pie? ¿Era esta realmente la salida o era un truco más para despistarle y recuperar el orbe? Todos esos interrogantes ya no le importaban. Fuera lo que fuera que le esperase al otro lado, estaba preparado para solventarlo y salir victorioso, como lo hacía siempre. No importaba cuántas heridas le causen las piedras que le lanzase ese maldito caballero, estaba convencido de poder superar todos sus estúpidos y efímeros desafíos. Cogió el pomo con fuerza y abrió la puerta de par en par.

Mas todo su valor desapareció al bajar el par de escaleras que daban entrada a la nave.

Ese día había llegado tarde. Ambos sabían que llegaría tarde y acordaron que se aplazaría a una hora que les viniera bien a los dos. Desconocía las razones por la que no podía llegar a su hora, pero le daba igual. Lo importante es que ambos estaban allí en ese momento.

El aula estaba vacía cuando llegaron. Pasó un minuto. Dos, tres, cinco, diez, treinta, una hora, dos horas. Mantuvo la mirada fija mientras ella escribía sin cesar. En ningún momento apartó la vista del papel, salvo para pedir hojas blancas al acabársele el espacio para escribir.

Vermillion pensó que la razón por la que suspendía tanto era por el tumulto y la presión que le suponía estar en un aula aglomerada, por eso inicialmente determinó que era bueno que hubiera llegado tarde; mas la fría atmósfera que se había creado entre ambos rápidamente demostró ser la cuna ideal para generar nervios.